

truyendo, volverá á presentarse alegre y risueña, brindando á sus hijos la felicidad y la ventura.»

Quedó el pueblo callado, guardando el mayor silencio, esperando las órdenes de sus capitanes, que se habian acercado á escuchar al monarca. Cuatro de los principales jefes, profundamente conmovidos por las palabras del soberano, y aun mucho mas por el cambio operado en su fortuna, contestaron entre sollozos y suspiros á su discurso: «Mucho nos pesa, magnánimo señor, lo que tenemos que comunicaros,» —le dijeron vertiendo abundantes lágrimas, hijas del sincero cariño que le profesaban:—«pero nuestro deber nos obliga á revelaros noticias que deben seros dolorosas. Sabed que la nobleza y el pueblo han proclamado por rey, á vuestro hermano Cuitlahua, señor de Iztapalapan. Resuelto está que no termine la guerra hasta no concluir con los hombres blancos, que han profanado nuestros templos y vertido la sangre de la nobleza azteca. Sus cuerpos están ofrecidos al dios Huitzilopochtli, y deber sagrado, imprescindible, es cumplir lo ofrecido á las divinidades. Perdonad, por lo mismo, que continuemos la lucha, y estad seguro que despues que hayamos esterminado á los que os oprimen, os respetaremos como á nuestro amado y legítimo señor» (1).

(1) «Y cuatro dellos se allegaron en parte que Moctezuma les podia hablar, y ellos á él, y llorando le dijeron: ¡Oh señor, é nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño, y de vuestros hijos y parientes! Hacémoos saber que ya hemos á un vuestro primo por señor. Y mas dijeron, que la guerra la habian de acabar, y que tenian prometido á sus ídolos de lo no dejar hasta que todos nosotros muriésemos; y que rogaban cada dia á su Huichilobos y Tezcatepueca que le guardase libre y sano de nuestro poder, é como saliesen como deseaban, que no le dejarían de tener muy mejor que de antes por señor y que los perdonase.»—Bernal Díaz. Hist. de la Conq.

Reinó un momento de silencio despues de pronunciadas las palabras por los nobles aztecas; pero poco á poco empezó á escucharse entre las inmensas masas del pueblo, un murmullo que fué creciendo como el ruido de la tempestad. Los que anhelaban vengar la muerte sufrida por sus deudos, en la fiesta religiosa que ensangrentó Pedro de Alvarado, murmuraban de la conducta observada por el emperador; decian que era un monarca envilecido y pusilánime, indigno de mandar á un pueblo valiente y amante de su libertad; un soberano sin dignidad, dominado por el miedo, que habia arrastrado por el lodo la bandera triunfante del imperio.

El pueblo, fácil siempre de moverse cuando se trata de la honra nacional, sintió cambiar en odio y en desprecio el respeto á su rey. Pronto se dejaron escuchar algunas palabras insultantes y ofensivas al monarca. «Afeminado rey,» —le decian, —«mas á propósito para manejar el huso que la espada, vive, ya que te place, en la degradacion; pero los mejicanos, que amamos mas la honra que la vida, lucharemos hasta esterminar á tus huéspedes.»

Al ver uno de los nobles de los que más habian influido en excitar la ira popular, roto el freno del respeto, tomó en sus manos el arco, y disparó una flecha sobre el desventurado monarca. Dado el ejemplo de agresion, millares de piedras y de flechas llovieron sobre el soberano azteca. Los españoles, que estaban á su lado, trataron de cubrirle con sus rodela para defenderle; pero no pudo ser antes de que recibiese una

pedrada en la cabeza, cerca de la sien, que le derribó en tierra, otra en la pierna y un flechazo en el brazo.

Al ver caer al monarca, el pueblo se horrorizó de su mismo hecho, teniendo el regicidio como un sacrilegio, y huyó espantado del lugar de la escena, cubriéndose el rostro con ambas manos y dando gritos de dolor. Los sitios próximos al palacio quedaron sin gente, pues todos se alejaron en distintas direcciones, temiendo atraerse la ira de los dioses.

Entre tanto los nobles de la servidumbre y los españoles, condujeron al desgraciado Moctezuma á sus habitaciones, con el mayor cuidado, y le colocaron en su lecho, prodigándole todas las atenciones que exigía su situación. Cuando recobró el sentido, el desventurado rey exhaló un profundo suspiro, que revelaba la honda pena que oprimía su corazón. Había llegado al colmo de su desventura. No solamente había caído de su brillante trono, perdiendo el favor de los nobles, sino que se veía herido por la mano de la plebe, mirada con el mayor desprecio entre los aztecas. La piedra le había abierto una ancha herida en la sien, que podía curarse; pero el golpe mortal de ella había ido á dar en el corazón, y las heridas del corazón no se curan. El emperador de Méjico estaba herido moralmente, y miró la muerte como el único remedio á sus dolencias del alma. No queriendo sobrevivir á la humillación que había sufrido de su pueblo, se negó á toda curación, y se quitaba los vendajes, diciendo que no podía ya vivir. En vano Hernan Cortés y sus capitanes, así como el padre Olmedo y los nobles que le asistian, trataban de

consolar la honda pena de su espíritu. El monarca azteca había tomado su determinación: morir.

Se ha dicho por el padre Acosta, que las palabras injuriosas dirigidas al soberano fueron pronunciadas por su sobrino Guatemotzin, y que la flecha primera contra él disparada salió de su arco; pero no es de creerse. Guatemotzin era un joven de elevadas ideas; de sentimientos patrióticos y de nobles sentimientos. Las dotes de su franco y guerrero carácter, las dió á conocer de una manera que inmortaliza su nombre, en la heroica defensa que mas tarde hizo de Méjico. Anhelaba la guerra contra los hombres blancos; lamentaba la degradación á que había descendido su pariente el emperador; pero estaba muy lejos de pensar en un regicidio, cometido por su propia mano, ni de insultar á un miembro de su propia familia. Si de su arco hubiera salido la primera flecha contra la vida del monarca, no hubieran dejado de hacer mención de ese hecho Bernal Diaz ni Hernan Cortés. Ambos le pintan como un héroe, y no es justo manchar su limpia fama y sus preclaros hechos, con un acto que no está de acuerdo con ninguno de los que ilustran su memoria.

En los momentos en que Moctezuma, vuelto de su desmayo, rehusaba tomar las medicinas que se le daban y se arrancaba los vendajes que se le ponian, se oyeron los alaridos de guerra, lanzados por los escuadrones mejicanos que volvian al asalto con mas furia y decisión.

Hernan Cortés, sus capitanes y todos los soldados, salieron de la alcoba de Moctezuma, dejándole con sus servidores, y corrieron á la defensa de los cuarteles.

Rechazades los asaltantes despues de una obstinada lucha, volvieron á sus puntos sin ser molestados de nadie en su retirada. Pocos instantes despues, invitaron varios nobles aztecas á Cortés á un parlamento. Accedió gustoso el general español, y se presentó acompañado de Aguilar y de Marina, en el mismo lugar donde poco antes habia sido herido el monarca mejicano. Los parlamentarios, colocados en sitio de donde podian ser facilmente oídos, pidieron á Cortés «que abandonase la ciudad, si queria que cesase la guerra.» El general español les contestó en el mismo sentido que lo habia hecho Moctezuma. Dijo «que habiendo desempeñado la mision de su monarca, nada tenia que hacer ya en el país, del cual se habia preparado á marcharse, cuando estalló el movimiento hostil.» Manifestó su sentimiento de verles airados contra él, cuando ningun daño habian recibido de su parte. «Al brindar al país con la paz, añadió, no es porque tema la guerra, sino por no verme en el triste deber de destruir la mas hermosa capital de estas bellas regiones» (1). Cortés terminó diciéndoles, que estaba pronto á salir de la capital, á condicion de que antes habian de retirarse á sus hogares.

El general español hizo esta proposicion, porque sospechaba, como él dice, «que el objeto de los parlamentarios era que dejase la fortaleza, para poder combatir

(1) «E yo les respondi que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenia, sino porque me pesaba del daño que les facia y les habia de hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella era.»—Seg. carta de Cortés.

sin riesgo y con notable ventaja en las calles, con los puentes levantados y desde las azoteas» (1).

Los comisionados se retiraron desechando la proposicion, y prometiendo que continuaria la guerra hasta que no quedase un solo hombre blanco.

(1) «Segun pareció, hacian porque yo me saliese de la fortaleza, para me tomar á su placer al salir de la ciudad, entre los puentes.»—Segunda carta de Cortés.